

ca de la política son para la de 1922 o 1927, y de cinco años para acá es otra la política y otra la técnica. Sin embargo, no caben esas sutilezas porque lo eterno no son las políticas ni sus técnicas sino el hombre que las concibe todas y las desarrolla todas con lo que tiene dentro de sí, dentro de su alma, dentro de su espíritu, dentro de su pensamiento. Lo que en esta hora de transformaciones reales buscamos en el hombre por quien nos hemos reunido a dialogar en esta sala que tantas veces lo vió erguido con sencillez y sin máculas, es lo que pensó, lo que sintió y defendió con valor, defendiéndolo, no para sólo aquel momento sino para muchos presentes e infinitos futuros. Vivimos un presente ya distante de los días en los cuales él nos dejará sus enseñanzas y en ellas hay inspiración para muchas luchas, para muchos afanes, si queremos en verdad luchar y afanarnos. Hacerle conmemoraciones de aniversario está bien si todos los días del año han sido de compañía.

Y en su gran compañía se puede estar siempre, se debe estar siempre, porque no es de sombra su influjo sino de acicate. El que se une a él se une a la austeridad, a la honestidad, a la más pura decencia. No es que por ingenuidad, por cariño, lo veamos hoy algo así como un paladín de algún puritanismo retrasado. No es tampoco que consagremos al grupo de los justos de la narración bíblica nuestra exaltación entusiasta. No; es que de su influjo no puede librarse el inconforme, el que aspire a que su país tenga las más avanzadas conquistas en todos los órdenes de su compleja vida, asentadas no sobre lodo, sino más bien sobre fundamento estable, limpio de emanaciones dañinas, corrompidas. Pienso, en suma, que Omar vive, que no es un muerto ilustre sobre quien ya cayó la porción de tierra que los hombres arrojan como símbolo de silencio y de olvido. Porque muerto y muy muerto lo quisieran los que encuentran en sus imperecederas enseñanzas, estorbos, acusaciones, y lo invocan como a muerto y con cierto tufo funeral. Es confortante poder hablar de él para uno mismo, porque es como monologar en una aspiración de pedirle ayuda para no abandonar la lucha, para no abandonar los afanes de cultura, para discernir entre la balumba de conflictos que el mundo crea, no para volver al hombre a la condición de liliput, sino para en-



frentarlo a luchas tormentosas, para crearle nuevas capacidades.

"Alguna vez, — dijo Omar, más allá de la presente vida, florecerá en mí el bien y algo devolveré de tanto que ahora se me da. Y si no es cierto que existe el más allá que he visto; es decir, si es ilusión, y habré de volver simplemente al polvo... mi polvo será el más humilde de la tierra. Nadie que imprima sobre él sus huellas sentirá estorbo". Pero no se ha convertido en polvo, no se convertirá en polvo quien eternizó su vida con la palabra y el ejemplo. Floreció y florece en bienes para que se cumpla su aspiración de que el país dé "hombres sinceros, naturales, sobrios, magnánimos, originales, varoniles, modestos, sanos de cuerpo y de alma, amigos inventibles del bien, enemigos implacables del mal, e indiferentes para soportarlo; en vez de esos caracteres falsos y artificiales, crueles y afeminados, consumidos por la fiebre del Jeseo o por el marasmo de la posesión, soberbios y altaneros en el triunfo, débiles y apocados en la adversidad, y que en sus ideas, sentimientos, propósitos, aspiraciones, conducta, y hasta en su rostro y sus maneras llevan estereotipada la indefinida expresión de la vulgaridad con que sella y deprime todas las relaciones el imperio de las modernas mesocracias" como dijera su gran par, don Francisco Giner de los Ríos.

Costa Rica, 1945.

y restituirlo a la frente del dios de la luna. Lo que importa es la desaparición y destino de la gema amarilla, el encubrimiento tenaz de la joven criada, segura de que el culpable es el amado Franklin Blake, el disimulo de Abblewhite, la lucidez intuitiva de Gabriel Betteredge, el acecho múltiple de los indostaneses, el triunfo y fracaso del sargento Cuff. Lo que importa son los motivos y la conducta de los protagonistas.

Cito esta genealogía y esta novela maestra para afirmar sin temor que los crímenes de biblioteca son asépticos, higiénicos, sin brutalidad. Lo fundamental en ellos es el despliegue de raciocinio e intuición de un pesquisante ideal, tan protagonista como el mismo culpable.

Juzgar y reprobar la novela policial por los ejemplares más deleznable (con efusión de sangre, profusión de disfraces, vicisitudes espeluznantes, artefactos inverosímiles y personajes siniestros) es contribuir paradójicamente a la perduración de lo inferior de este género. El rechazo sin discernimiento y la ausencia de crítica lo declaran dominio exclusivo de autores y protagonistas más que objetables, sin reparar en los escritores de genio e ingenio que lo crearon y desarrollaron. Al cinematógrafo, que por la abundancia de la producción también ofrece películas desdeñables, se lo aprecia principalmente por las obras de arte. No hay instrumento técnico —la cámara y proyectores cinematográficos, por ejemplo— tema, género ni medio literario que sea artístico por sí mismo. La sola metáfora no es la poesía. De cualquier tema, humilde o censurable, puede hacerse obras maestras. A la literatura policiaca se le reclama lo imposible: un atributo artístico intrínseco y a menudo se le inflige el castigo de menospreciarla entera, tildándola de impropia para la creación literaria por razón de su propia naturaleza. Tampoco me parece atendible la crítica según la cual en un mundo atribulado es superfluo ocuparse en estos

CRIMENES DE BIBLIOTECA

Por Antonio Gallo

(En el Rep. Amer.)

—Nadie ha robado el diamante— contestó el sargento Cuff.

Ambos nos sobresaltamos ante aquella extraordinaria opinión y le suplicamos encarecidamente que explicara qué quería dar a entender.

—Esperad un poco— dijo el Sargento.

Aun no hemos armado el rompecabezas.

—¿Sentís un ardor desagradable en la boca del estómago, señor, y un golpe penoso en la cabeza? ¡Ah! ¿Todavía no? Es lo que yo llamo "fiebre de pesquisante"; la contraí en compañía del sargento Cuff. (Wilkie Collins, *El diamante lunar*, 1866).

Edgar Allan Poe creó el género policial con tres cuentos: *Los crímenes de la calle de la Morge*, *El misterio de Marie Roget* y *La carta robada* (1841-1845). Entre los

continuadores ilustres se cuentan Carlos Dickens y Wilkie Collins. Dickens le debe a Collins —según T. S. Eliot— la trama de las dos novelas policiacas y de la mayoría de las obras que escribió después de 1850, cuando la imaginación creadora del autor de *Memorias del Club Pickwick* sufrió cierta declinación. En *El diamante lunar* — la mejor novela de Collins y de acuerdo con Chesterton acaso la obra más alta del género — el robo y el asesinato no pasan de ser accidentes secundarios. Franklin Blake, por los efectos del láudano, no sabe que tomó el diamante. El asesinato de Geoffrey Abblewhite —en unas concisas páginas finales —no, obedece siquiera a la venganza, sino al propósito de rescatar el diamante de Seringapatam